SUSCRIPCIONES

Valdepeñas, trimestre. 1,00
Provincias, semestre. 2,50

ANUNCIOS: precios convencionales.

20 ejemplares 75 céntos.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Caldereros, 22.

No se devuelven originales.

JUVENTUD

Periódico literario y de intereses generales

Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

CAMPO NEUTRAL

CRONICAS VALDEPEÑERAS

PARA TODOS

Si los críticos mordaces, antes de mojar en hiel los puntos de su pluma ó poner envenenada su lengua pecadora en nombres honrados y respetables, reflexionaran cuántas injusticias, cuántos crímenes dejarían de cometerse! ¡Y cuántas lágrimas y cuántas amarguras nos ahorraríamos!

No se daría el triste y bochornoso espectáculo, como en nuestro pueblo, que es al mismo tiempo un oprobio y una afrenta para todos, de pelear como enemigos los que debiéramos abrazarnos como hermanos.

¡Pobre pueblo donde esto sucede! ¡Desventurada sociedad la que, para vengar agravios, pisotea la ley, desgarrar el derecho y se toma la justicia por su mano! Que entonces ese pueblo y esa sociedad, sin freno que los contenga, olvidándose de todo respeto, se entregará á los mayores excesos, cometerá las más grandes iniquidades, y, desenfrenada, loca, correrá á la anarquía, y se disolverá y perecerá como se deshacen y disuelven las grandes moles á la fuerza impulsiva y destructora de furioso terremoto.

Está visto. Los que, con sus ambiciones insensatas y sus odios africanos, siembran la perturbación y la discordia en los pueblos, no saben el mal y daño que hacen. Cuando se siembran vientos, no se pueden recoger si no tempestades. Eso reza el adagio.

Del juicio erróneo, de la concepción equivocada que tenemos de muchas cosas, se derivan estos tristes, tristísimos resultados. Como las premisas son falsas, falsas tienen que ser las consecuencias.

Cierto es que siempre, pero hoy más, la ambición imperó en el hombre; siempre, pero más hoy que ayer, el egoísmo, el desenfreno dominó su corazón, como las malas pasiones perturban su cerebro; ser, solo ser, es su divisa; pero á costa muchas veces de todo; hasta de su propio nombre y su propia dignidad.

En cambio, si hay sobra de ambición y de poder, falta la excelsa virtud de la fé; y donde no hay fé, no hay convicciones, surge la duda; y como dudamos nosotros, dudamos y desconfiamos de los demás. De aquí que, su conducta y sus acciones, el hombre las regula con arreglo á su propio interés, nunca, nunca teniendo en cuenta el de los demás. De aquí las grandes equivocaciones que sufrimos; por esto nuestras grandes caídas; por esto nues-

tros grandes errores, las perturbaciones que producimos, queriendo luego hacer responsables á los demás de lo que es solo fruto de nuestra insensatez y de nuestra locura.

Con admirable precisión se cumplen las leyes del mundo físico; los seres que lo pueblan realizan su vida ordenada y armóicamente; con rítmico concierto, deslumbrantes de luz y de belleza, giran los soles y las estrellas en el inmenso azul de los cielos; como lámpara en el santuario, como el sol en medio del firmamento, ha puesto Dios la razón en el hombre para iluminar su conciencia y ser guía de su vida, y por ella y con ella puede bañarse en esa luz inefable, misteriosa, celestial de la verdad y del bien; pero el hombre, dominado por impuros apetitos, obscurecida cuando no vencida su razón, por execrables y repugnantes pasiones, es el único que contradice la ley, el único que se revela á cumplir su destino; corre, forcejea, lucha tras el peligro y en el peligro perece. Es su castigo.

¡Qué aberraciones las del humano espíritu! Qué caídas las nuestras! Si la honra, la vida, la libertad de un pueblo estuvieran siempre en manos de malvados, sería cosa de maldecir y abominar de nuestra existencia, y la muerte se presentaría á nuestra vista y á nuestra razón como el único y supremo bien que nos había de redimir de tanta ruindad, de tan gran miseria.

Pero ¡oh, Dios mío! Eso es una impía blasfemia á tu santo nombre, á tu Providencia divina, á tu Justicia sin límites, á tu Misericordia infinita! ¿Cómo ha de tener la misma sanción, igual premio, la verdad que el error, el sacrificio que el egoísmo, el bien que el mal? Eso no puede ser y no es. Otra cosa sería la fatalidad, fría, inconsciente, implacable y brutal; en el mundo físico, la armonía sin ritmo; en el moral, la negación de la libertad y de la responsabilidad; y en aquél y en éste, la negación del progreso y de la perfectibilidad humana, la negación de Dios y de su providencia en la historia, y ésta, solo ofrecería un repugnante y desconsolador espectáculo de horrores y miserias, no mucho más digno de estudio que el que presentan las especies inferiores, los animales, en su lucha brutal por la existencia.

Si nuestro destino es luchar, luchemos; pero para engrandecernos, luchemos, pero para dignificarnos; esto es noble y hermoso, lo otro es criminal y suicida.

Para que Valdepeñas, cual otro Lázaro, resurja á nueva vida, para

que no seamos como hasta aquí el ludibrio de los demás y nuestro presente estado inspire conmiseración y lástima, es preciso que, salgamos, cansados de peregrinar por regiones oscuras y sombrías, en las que el aire es impuro y nocivo y la luz opaca, á la atmósfera transparente y diáfana de la libertad y del bien, donde la conciencia respira á sus anchas y el corazón late con entusiasmo. Que si en la libertad hay tormentas y huracanes, y el rayo estalla, retumba el trueno y la tierra se estremece, las tempestades se calman, y hay espacio, horizonte y luz, como hay inteligencia, porvenir y esperanza.

Y el pueblo que, como Valdepeñas, atesora raudales de energía, rasgos característicos y propios de valor, de brío y de pujanza indomables, ese pueblo, si quiere y sabe, puede llegar á su mayor grandeza.

SANTIAGO S. CARRASCO.

Sursum Corda!

PARA LA BENEMÉRITA CIUDAD DE VALDEPEÑAS

La tierra manchega tuvo siempre para mí una fuerte nota de atrayente. Va unida á una obra inmortal, que huelga mentar aquí, y cuantas veces he de solazarme con su lectura sintió mi espíritu profunda ansia de recorrer los lugares donde dió cima y remate á buen número de sus hazañas el héroe cervantino. Valdepeñas es parte de esa memorable tierra y tiene, por tanto, todas mis simpatías. Así fué que, cuando no ha muchos meses amigos cariñosos me invitaron á visitar dicho pueblo, acepté reconocido y hube de pasar en él algunas horas que la hospitalidad y el afecto hicieron breves.

Precisamente á esa amable hospitalidad y á ese desinteresado afecto debo yo la sinceridad de estas impresiones sobre Valdepeñas, que los simpáticos propietarios de JUVENTUD se han dignado solicitarme.

De lo legendario, de lo añejo, del ayer no hablemos hoy; vengamos al presente, á lo actual, á lo que se vive. Desde luego, mi primera impresión, después de visitar, entre otras, las grandes «Bodegas Bilbainas» y «La Consolación» hermosa fábrica de harinas de los Sres. Toledo, Fernández y Madrid, Barba y Compañía, fué la que me hallaba en una ciudad eucarística; pan y vino, los dos principales elementos de la vida sana. Después, recorriendo aquella llanura casi infinita que rodea el caserío, cruzando sus innumerables viñedos, amorosamente cuidados, puse la no-

ta admirativa en mi alma y los más entusiastas elogios en mis labios.

Luego, al recorrer las calles de la población, de una población rica, activa, laboriosa en los campos, y verlas en bien lamentable estado, pensé que los hombres de dentro, no correspondían á los de fuera; la política no daba su mano á la agricultura: lo urbano no marchaba paralelamente á lo rural. Departí, más tarde, con ilustrados valdepeñenses, les expuse las sospechas de mi espíritu, que venían á ensombrecer el cuadro de luz de aquella tierra, y con dolorosa sinceridad confirmaron mis recelos, Valdepeñas es una población abandonada de todo interés filial; sus hijos no la estiman en razón de sus merecimientos. Y yo salí de Valdepeñas pensando que allí quedaba un pueblo por hacer, moralmente.

Hoy, leyendo las atinadísimas consideraciones que tan discretamente y elegantemente viene haciendo en JUVENTUD un hijo de aquella ciudad á quien no conozco, pero de quien mucho bueno me han contado, don Santiago Sánchez Carrasco, sobre la actual situación de Valdepeñas, confirmo mi primer criterio y lo amplío en el sentido de creer firmemente que se trata de un pueblo indiferente, excéptico; indiferencia y excepticismo que urge combatir en toda ocasión y momento por cuantos tengan un sentimiento sano en su alma y una idea noble en su inteligencia.

Pedagogía general, completa, íntegra, que abarque el moderno vivir en todas sus manifestaciones y muchos pedagogos del fuste del Sr. Carrasco que, con la autoridad de su saber y la libertad propia de su condición de valdepeñenses, pongan los puntos sobre todas las *ies* que los requieran.

No conozco yo achaque moral de más funestos resultados que el excepticismo, ni nada que como él empuje tanto hacia la muerte. Desde el alborear de la Historia al presente, el excepticismo ha venido dando al traste con todos los imperios: Grecia y Roma son buenos ejemplos. Hay que creer, sea lo que sea, para poder obrar; el error firmemente profundo suele ser fecundo; el nirvana del espíritu es la muerte. La indiferencia, en estúpido tanto monta, es lo menos humano de cuanto yo conozco; prefiero la guerra de las almas á esa necia paz de las conciencias que se recuestan viva en la tumba.

Sursum corda! ¡Arriba los corazones, valdepeñenses! A pensar y sentir por cuenta propia en todos los asuntos de la vida. A dejar de ser gregarios para ser pequeños cosmos. A laborar ahincadamente en todos los órdenes; á prodigar las amorosas solicitudes de las energías equilibra-